

El Dios de los pobres

**Pedro Trigo,
Centro Gumilla,
Caracas**

El tema del Dios de los pobres es el tema más entrañable de la teología latinoamericana. De entrada, diremos con Gutiérrez que “el discurso sobre Dios no puede esquivar la vida cotidiana de los pobres de este mundo, vida transida de pena y de esperanza”¹. Y con Sobrino diremos que “los pobres remiten a Dios porque Dios está en ellos, a la vez escondido y manifiesto. Y son ‘los vicarios de Cristo’”².

En la teología latinoamericana, debe ser tratado desde tres perspectivas complementarias: la primera, la más abarcadora y el principio y fundamento de las otras, es la opción de Dios por los pobres; la segunda, que también los comprende a todos, es la acción del Espíritu de Dios en ellos y la victoria de esa acción incesante en muchos de ellos; y la tercera, la respuesta en fe de bastantes de ellos, que los constituye en pobres con espíritu.

1. La opción de Dios por los pobres

La opción de Dios por los pobres es tan primordial que podemos decir con verdad que Dios es antes de los pobres que de los cristianos³. Ambos son interiores al Reino; pero los pobres como destinatarios directos, primeros, naturales, privilegiados, y los discípulos como colaboradores del anuncio y la

-
1. G. Gutiérrez, “Lenguaje teológico: plenitud del silencio”, *RLT* 38 (1996), p. 147.
 2. J. Sobrino, “*Extra pauperes nulla salus*. Pequeño ensayo utópico-profético”, *RLT* 69 (2006), p. 261. Sobre la expresión “vicarios de Cristo”, véase J. I. González Faus, *Vicarios de Cristo*, Trotta, Madrid, 1991.
 3. “Solo existe el Dios de los pobres” (Jiménez Limón, “Meditación sobre el Dios de los pobres” en *La lucha de los dioses*, Centro Antonio Valdivieso, Managua, [1978] p. 148.).

venida de ese reinado que, estando destinado a todos, les pertenece, en primer lugar, a los pobres⁴.

1.1. Análisis del texto del Puebla

La fuente más autorizada de esta formulación en América Latina, la que la popularizó y, digamos, la oficializó, es la que hizo el documento de Puebla⁵, que le dedicó no solo un párrafo, sino un apartado completo, el capítulo primero de la cuarta parte. En su parte doctrinal contiene esta formulación, realmente paradigmática:

Por esta sola razón, los pobres merecen una atención preferencial, cualquiera que sea la situación moral o personal en que se encuentren. Hechos a imagen y semejanza de Dios, para ser sus hijos, esta imagen está ensombrecida y aun escarnecida. Por eso Dios toma su defensa y los ama. Es así como los pobres son los primeros destinatarios de la misión y su evangelización es por excelencia señal y prueba de la misión de Jesús. (n. 1142.)

A continuación, confirma esa formulación con unas palabras del papa en su visita a un barrio mexicano:

Este aspecto central de la evangelización fue subrayado por S. S. Juan Pablo II: “He deseado vivamente este encuentro, porque me siento solidario con vosotros y porque siendo pobres tenéis derecho a mis particulares desvelos; os digo el motivo: el papa os ama porque sois los predilectos de Dios. Él mismo, al fundar su familia, la Iglesia, tenía presente a la humanidad pobre y necesitada. Para redimirla envió precisamente a su Hijo, que nació pobre y vivió entre los pobres para hacernos ricos en su pobreza (cf. 2 Cor 8, 9)” (Juan Pablo II, Alocución en el Barrio de Santa Cecilia: AAS 71, p. 220). (n. 1143.)

El texto refrenda lo dicho con la referencia al canto de María, el magnificat, en el que la opción por los pobres se concreta en la justicia con ellos: “María, quien en su canto del magnificat proclama que la salvación de Dios tiene que ver con la justicia hacia los pobres” (n. 1144), que implica, añade, citando al papa, “la necesaria transformación de la sociedad”.

Estos textos proclaman taxativamente que Dios ama a los pobres. Los considera sus predilectos. Le duele que, habiéndolos creado a su imagen, esa imagen,

-
4. Gustavo Gutiérrez, en una conferencia en la UCA de San Salvador sobre la opción de nosotros por los pobres, para ilustrar lo que significa, se refiere en primer lugar a la opción del Señor por ellos a través de pasajes evangélicos y dice que esta implica “sacar del anonimato”, “saber mirar”, “saber escuchar” y “saber compartir”; *RLT* 36 (1995), pp. 174-179.
 5. P. Trigo, “La opción de Puebla”, *SIC* 413 (marzo 1979), pp. 108-111.

que son ellos, se encuentre escarnecida por los que los empobrecen o pasan de largo ante ellos sin ayudarlos a levantarse, como debe hacerse entre hermanos. Por eso toma su defensa; en términos del Antiguo Testamento, es su Go'el: el vengador de sangre de la familia. Así aparece Dios en el acto de fundación del pueblo: haciendo de una masa inorgánica de esclavos un pueblo convocado que coopera con la liberación que él le da, y que a través de la dureza del desierto aprende a ir creando una vida en libertad, venciendo la tentación de regresar a la seguridad que da la esclavitud y afincándose poco a poco en la fe en el Dios que lo acompaña como firme fundamento, como baluarte y a la vez como palanca para crecer. Esa será también la función de los reyes ungidos por su Espíritu: defender a los oprimidos respecto de los ricos y poderosos. Al no ser fieles los reyes, el Dios de los pobres enviará a los profetas que denunciarán las opresiones como negación de la alianza. Y finalmente enviará a su Hijo que nació pobre y vivió entre los pobres para hacernos ricos en su pobreza. Así pues, la salvación de Dios pasa por hacer justicia al pobre⁶.

En el texto se afirma taxativamente que este amor de predilección de Dios a los pobres nace de su misericordia⁷: de verlos escarnecidos, de no poder tolerar los lamentos y gritos que les arrancan sus opresores⁸. Nace, pues, de su misterio, ya que lo propio de él es la misericordia (Lc 6, 36). Por eso es incondicional. No depende de que los pobres sean pacientes, agradecidos y moralmente solventes o que esa situación tan extrema de carencias y privaciones injustas, de desprecios y desconocimiento, los haya postrado en la resignación fatalista o en la rabia vengativa, o en la degradación moral, por no poder soportar tanta tensión. La opción de Dios por ellos, en principio, no dice nada de su estado personal o moral. Es expresión del modo de ser de Dios, y, en ese sentido, lo revela⁹.

6. R. Sivatte, "Biblia y pobres", *RLT* 72 (2007), pp. 255-270.

7. R. Sivatte, "Un Dios con entrañas de misericordia que escucha el clamor de su pueblo", *RLT* 46 (1999), pp. 31-57; y *RLT* 47 (1999), pp. 151-172.

8. Codina insiste en que el clamor es la oración más elemental y que en ese sentido los pobres son maestros de oración. En V. Codina, *Una Iglesia nazarena*, Sal Terrae, Santander, 2010, pp. 104-110.

9. J. Jiménez Limón, *Con Dios y con los pobres*, CRT, México, 1989, pp. 29-31. Gutiérrez comenta así la cita de Puebla: "El pobre es preferido no porque sea necesariamente moral o religiosamente mejor que otros, sino porque Dios es Dios, aquel para quien 'los últimos son los primeros'. Esta aseveración choca con nuestra frecuente y estrecha manera de entender la justicia, pero precisamente esa preferencia nos recuerda que los caminos de Dios no son nuestros caminos (*cfr.* Is 55, 8)" (*Teología de la liberación*, Sígueme, Salamanca, 1999, p. 30).

1.2. El que Dios eligiera a los pobres como lugar para que naciera su Hijo revela hasta qué punto los prefirió

Para comprender el sentido de esta predilección por los pobres hay que partir, ante todo, de una limitación insuperable en la encarnación del Hijo de Dios. La limitación que tenemos que aceptar de entrada es que no era posible que el Hijo único de Dios, al hacerse un ser humano, no se hiciera un ser humano concreto, situado de una manera específica en la trama social. Si el Hijo de Dios venía como hijo de Adán, como uno de los miembros de la historia humana, tenía que poseer especificaciones, y si poseía unas, carecía de otras. Tenía que nacer en un país concreto, luego no nacería en otros; en una clase social concreta, luego no en las demás. Si no podía entrar en el mundo de un modo genérico, de una manera indeterminada, como un mero universal lógico, no podía evitarse que la concreción apareciera como una preferencia. La preferencia no es definitoria: Jesús venía como ser humano concreto: eso era lo que lo definía. Pero también lo caracterizaban las especificaciones.

Pues bien, Papá Dios, como era inevitable que escogiera, escogió para su Hijo al pueblo de Israel, un pueblo insignificante, periférico y sometido al Imperio romano; y en él escogió a la provincia mestizada y semipagana por bastantes siglos (hasta la rejudaización forzosa que llevaron a cabo los macabeos) de Galilea (la Galilea de los gentiles, dice Mateo 4, 15-16, citando a Isaías 8, 23-9, 1), una región de la que los letrados decían que no salía ningún profeta (Jn 7, 52); y en Galilea escogió a un pueblo que no aparece en la Biblia hebrea, un pueblo, por tanto, insignificante, del que sus vecinos afirmaban que no podía salir nada bueno (Jn 1, 46); y en el pueblo escogió a una familia de la que sus vecinos no esperaban nada especial (Mc 6, 2-3); y en su familia, a una persona que según sus familiares no daba sino para lo que era (Mc 6, 3; 3, 21; Jn 7, 2-5). Una familia que, al presentar en el templo a Jesús, su hijo primogénito, no pudo dar sino la ofrenda de los pobres (Lc 2, 24).

Esta elección divina es desconcertante hasta para los mismos pobres, muchos de los cuales, por no tener cómo tener, viven en algún tipo de dependencia o, al menos, de minusvalía. Al sentir esta minusvalía, pueden llegar a preguntarse: ¿cómo nos va a salvar, si es un pobre como nosotros?

Entender este punto es crucial, porque la opción de Dios es eficaz. Pero también dice del modo de obrar de Dios: Dios no salva desde fuera y desde arriba. Eso no sería salvación porque, aunque así se puede liberar de las necesidades, no solo no se libera de la minusvalía, sino que se confirma en ella. Dios quiere salvar a los pobres haciendo que su salvación nazca de ellos mismos. Hasta ahí llega el poder de Dios, que, no lo olvidemos, es el poder del amor.

Pero asentado que la opción de Dios por los pobres llega hasta que su Hijo se hiciera uno de ellos, nos tenemos que preguntar por la razonabilidad de esta

opción. En efecto, los pobres lo son por la impiedad de los ricos; pero aunque sea sin culpa, ¿no es cierto que las carencias inveteradas y la desventaja casi insuperable los hace menos preparados y menos capaces que los que no lo son? ¿No es verdad que saben menos, que pueden menos, que tienen menos, y que por esta situación están menos capacitados para salvar, para liberar, para ayudar a superar esa situación? Para una misión tan decisiva ¿no habría que haber elegido lo más cualificado que había en ese momento histórico?

La primera respuesta a esta objeción es que Dios hace lo que quiere y que nosotros no somos sus consejeros, y que esa sería una pretensión, más que blasfema, ridícula. Dios hace lo que quiere y sabe lo que hace. Dios todo lo hace bien. Y esta decisión tan trascendente no solo para nosotros, sino, sobre todo, para él, ¿no sería la más correcta?

Si creemos en él, es decir, si confiamos en él y nos ponemos en sus manos, ¿no tendríamos no solo que acatar su decisión, sino asumirla como la mejor? No tendríamos, entonces, que tratar de pensar por qué es la más adecuada para su misión.

Lo que se me ocurre al respecto es que si Jesús hubiera nacido en una familia moralmente sana, rica, letrada y bien posicionada, y él se hubiera levantado con todos esos atributos, de entrada, habría sido inevitablemente superficial, en el mejor sentido de esta palabra. Y eso porque con esa inalcanzable ventaja inicial, no necesitaría profundizar en sí asumiendo todas sus potencialidades e incluso yendo más allá de ellas: con lo puesto tendría suficiente y de sobra. Una persona así ¿puede comprender a los que ponen todo de su parte y no alcanzan lo indispensable porque están en una enorme desventaja y las reglas del juego les son adversas? Una persona así ¿puede hacer de puente entre la mayoría de la humanidad y su Creador, y entre unos seres humanos y los otros?

Una persona que nace y vive donde se crio Jesús tiene muchas probabilidades de vivir restringida al mínimo vital, si es suficientemente lúcida como para percibir la brecha casi infranqueable que la separa de los que son algo y por tanto la probable futilidad de su esfuerzo; o puede convertirse en un arribista que da la espalda a los suyos e ingresa al mundo de los triunfadores dispuesto a ascender, si percibe en sí cualidades y comprende la lógica social y la aprovecha para su medro; o puede apostar por el desquite revolucionario o, en todo caso, por la violencia vengativa, si siente en la sangre la injusticia que pesa sobre él y los suyos.

Pero si vence esas tentaciones, una persona de ese medio, con esas cualidades, es, sin duda, la más apropiada para lograr la fraternidad de las hijas e hijos de Dios (el reinado de Dios), a la que se opone frontalmente la injusticia, el desprecio y más aún la indiferencia de los de arriba y la postración fatalista de los de abajo. Es la más apropiada porque, al cargar con la situación sin que la

situación lo aplaste, tiene un peso de realidad, una densidad personal, un conocimiento interno de la situación, que no se puede adquirir de otro modo. Desde esa densidad, puede comprender desde dentro a sus hermanos los pobres, puede cargar solidariamente con ellos, llevándolos en su corazón, puede referirse a ellos desde dentro, desde lo mejor de ellos, puede ayudar a suscitarlo y fortalecerlo, puede ayudar a que se levanten de su postración y se pongan en pie y se encuentren y se movilicen. Puede llenarlos de esa fe en su Padre materno que lo sostiene y moviliza. Todo eso fue lo que hizo, en efecto, Jesús, el pobre Jesús de Nazaret, el Mesías pobre de los pobres, y en ellos de todos.

Creo que, visto humanamente, es razonable, aunque muy arriesgada, la opción de Papá Dios. Más todavía, es la única opción: solo desde abajo puede lograrse el bien de todos; solo cuando a los pobres les vaya bien, les irá bien a todos. Hoy, más que nunca, somos conscientes de que el bien de los de abajo no se logra por el reboamiento hacia ellos del crecimiento y la abundancia de los de arriba. Aunque no es fácil que lo vean así y que lo acepten con gusto, o al menos con realismo, los de arriba, que son los enterados, los generalmente bien informados, los que tienen suficientes elementos para decidir con tino, los que Jesús llama en su oración (Lc 10, 21) los sabios y entendidos.

Así pues, la opción de Dios por los pobres culmina y se escatologiza, se vuelve absoluta y definitiva, al hacerse su Hijo un ser humano pobre en el mundo de los pobres, es decir, al enviar a su Hijo a salvar al mundo como un pobre entre los pobres. Es la culminación porque significa, como hemos tratado de mostrar, que para Dios los pobres no son solo los que necesitan ser salvados, los que necesitan a un valedor, aquellos de los que él tiene misericordia y por los que toma partido y a los que defiende, sino también en los que confía y en cuyas manos se pone, al enviar a su mundo a su único Hijo, al entregárselos para que ellos lo educaran y lo sacaran adelante. El amor de Dios por los pobres culmina en la fe que tiene en ellos. Que llegó hasta poner a su Hijo en sus manos. Su Hijo es un pobre: el que necesita de todos es el salvador definitivo de todos.

Nadie, fuera de Dios, pudo haber pensado y hecho algo tan paradójico: nadie, fuera de Dios, puede ejercer una misericordia que dignifique tanto a aquel a quien se tiene misericordia, que lo convierta en fuente de misericordia para todos.

La misericordia de Dios nada tiene en común con la nuestra, que tantas veces se contenta con mantener a los pobres con vida, vida dependiente de nosotros, o que, a lo más, los promueve desde nuestro propio paradigma, para que lleguen a ser unas copias, generalmente algo desvaídas, de nosotros mismos. Dios quiso que su Hijo se hiciera pobre para enriquecernos con su pobreza (2 Cor 8, 9).

Esta opción de Dios sigue escondida para los sabios y entendidos, aun los bienintencionados. Es una gracia de Dios superar la opinión establecida y

consolidada según la cual de Nazaret, del mundo de los pobres, no puede salir cosa buena precisamente porque son pobres.

Pasemos, pues, a considerar cómo actúa Dios en los pobres, en todos los pobres y siempre.

2. El Espíritu actúa victoriosamente en los pobres que viven por la obsesión de vivir

2.1. La experiencia espiritual más masiva e inequívoca es el conato agónico por la vida

La afirmación más en punta de la teología latinoamericana es que donde podemos decir con seguridad que actúa el Espíritu es en los pobres que viven, cuando y donde no hay condiciones para vivir. Si no hay modo de vivir y aun así viven, es que viven por el Espíritu dador de vida; ahora bien, si viven humanamente, es que viven del Espíritu del Hijo del Hombre.

Afirmamos resueltamente que el Espíritu Santo, el Espíritu de Dios, no solo en cuanto Espíritu de vida que alienta en la creación, sino en cuanto Espíritu del Hijo único y el Hermano universal, arquetipo de humanidad, actúa victoriosamente en las mujeres y varones pobres que viven del conato agónico por la vida digna. Estos son los pobres que viven del empeño que no cesa o que vuelve siempre sobre sí, de la obsesión por vivir y no solo por sobrevivir, que viven cuando nadan a contracorriente, cuando carecen de piso firme, cuando acecha la muerte. Si quienes no tienen elementos básicos para vivir, más aún, si quienes ni cultural ni estructuralmente tienen cómo vivir y por eso son pobres, viven, es que lo hacen por obediencia al Espíritu de vida que los impulsa, que los dota de fuerza y de luz, de direccionamiento vital.

Es obediencia primordial, porque es dejarse habitar por ese impulso que viene desde más adentro que lo íntimo suyo, muchas veces cuando no hay fuerzas ni motivación para seguir viviendo, otras como sentido de oportunidad y sentido práctico para aprovechar las ocasiones. Es obediencia al Espíritu porque así lo evidencian los frutos, porque logra lo mínimo que es lo más sagrado: la vida, no solo sobrevivir, sino vivir humanamente. Eso, a pesar de desfallecimientos y pecados.

Esta es la presencia de Dios más masiva, más eficaz y más obedecida en América Latina. De esta presencia damos testimonio porque nos hemos percatado de ella gozosamente, al principio con inmensa sorpresa y, luego, haciéndonos cargo de que es así y de que el que sea así es el mejor evangelio que nos puede dar Dios.

Es también la presencia y actuación de Dios más inequívoca. Eso, a pesar de todos los pecados. Expliquemos este punto. Una persona no pobre puede,

sin duda, dejarse llevar habitualmente por el Espíritu; pero como, además, tiene elementos para vivir y, sobre todo, dotes, cualificación y contactos para llevarlo a cabo satisfactoriamente, ¿cómo saber que vive por la obediencia al impulso del Espíritu y no por esas ventajas que lo colocan en superioridad de condiciones y de oportunidades respecto de las mayorías populares? Ni a sí mismo se lo puede demostrar, a pesar, incluso, del testimonio de su conciencia. Pero esos pobres que no tienen cómo vivir (eso significa ser pobre), y viven y viven humanamente y a veces hasta esponjadamente, que hasta compran flores, como repite Codina¹⁰, y que tienen momentos de verdadera alegría¹¹ y hasta tienen ánimo para luchar y esperan cuando parece que no hay nada que esperar¹²; ¿cómo se explica que vivan y que lo hagan tan cualitativamente, sino por el Espíritu de vida, el Espíritu de Jesús, que los habilita para hacerlo?

Esta presencia actuante la hemos descubierto como tesoro escondido, pero al proclamarla, tenemos que decir que suena como escándalo para los católicos de toda la vida, los de la parroquia de siempre, y como necesidad para los que emplean el desarrollo técnico para consolidar la ventaja adquirida y someter hegemónicamente a los de abajo.

2.2. En el umbral mínimo de lo humano se da el paso pascual del Dios de Jesucristo por nuestra América

Nosotros hemos descubierto como buena nueva que donde todo confluye a la muerte antes de tiempo y a la deshumanización, en medio de esas muertes, que claman al cielo, por enfermedades de pobres, por mengua o por la violencia, en medio de tantos que no pueden resistir esa presión tan excesiva y continua y se elementarizan hasta convertirse en poco menos que bestias entregadas a sus pulsiones más elementales o en fieras dispuestas a arrebatar lo que anhelan hasta que los abatan a ellos, en ese mismo hábitat, muchos seres humanos no se resignan a morir ni a vivir sin dignidad, y, al tener que esforzarse en ese ambiente letal y en esa violencia institucionalizada, en ese intento tan arduo, tan desmesurado, se habitan completamente, llegan a ser sujetos humanos plenos y personas extraordinariamente cualitativas. Es la constatación gozosa de lo que dice Pablo: que donde abunda el pecado, sobreabunda la gracia (Rm 5, 20).

Lo cualitativo de esa humanidad no estriba en el desarrollo eminente de aspectos específicos: grandes científicos, intelectuales de renombre, conductores de pueblos, capitanes de grandes empresas, ases del deporte o ídolos de la canción... Son plenamente humanos por el cultivo asiduo de lo humano a secas,

10. V. Codina, *Una Iglesia nazarena*, op. cit., pp. 70, 90, 97, 169, 170, 185, 200, 210.

11. En esto insiste Brackley cuando en su artículo "La experiencia de Dios", *RLT* 32 (1994), pp. 183-199, analiza la experiencia de Dios en el pobre.

12. J. Jiménez Limón, *Con Dios y con los pobres*, op. cit., pp. 50-56.

por la elección de lo humano frente a la inducción ambiental de lo inhumano, por la necesidad de la acción humanizadora continua para mantenerse en vida y para que la vida sea humana.

Esa acción incesante, decimos como evangelio, es acción espiritual, acción en obediencia al Espíritu¹³. Lo es porque, siendo lo más genuino y auténtico de ellos, es a la vez y por eso rigurosamente trascendente, es obediencia al impulso del Espíritu, porque hablando globalmente los supera, los supera ciertamente por inmanencia, pero los supera, y ellos son conscientes de ello, de que son sostenidos y alentados, de que les salen fuerzas de flaqueza, esperanza cuando no hay motivos para esperar, de que no saben cómo siguen, de que cuando dan lo que no tienen, son ayudados.

Esto, subrayémoslo, no lo viven con talante heroico, sino, por el contrario, como la realización muy penosa, tambaleante, del umbral mínimo de lo humano, como la determinación de no perder eso mínimo, de ir haciendo lo que se siente que no se puede dejar de hacer; como el empeño de no perder la cotidianidad, aunque se vive a salto de mata, de ser fieles a lo que va demandando la vida, de vivirla con todo el cariño y el sabor posible, gozando como niños de las pequeñas alegrías, afrontando con tesón los trabajos excesivos y solemnizando también la muerte¹⁴. A veces, no se puede más y se cede; pero una y otra vez se vuelve sobre sí y se sigue respondiendo a la vida con todo lo que se tiene y con más de lo que se puede.

A esto, Sobrino lo llama “santidad primordial”¹⁵ y entiende por ella “ese anhelo de sobrevivir —y convivir unos con otros—, en medio de grandes sufrimientos, los trabajos para lograrlo con creatividad, dignidad, resistencia y fortaleza sin límites, desafiando inmensos obstáculos”¹⁶. Insiste en que, si nos hacemos cargo de ella, nos “debe producir respeto y veneración” y explica

-
13. “Sin esta fuerza vital del Espíritu no se explicaría tanta fuerza y energía oculta en el pueblo pobre, que soporta una vida dura y lucha por la supervivencia”, concluye Codina, después de haber descrito muy concretamente los diversos componentes de la fe del pueblo. En *Una Iglesia nazarena*, *op. cit.*, p. 78.
 14. Muñoz habla del *asombro radical* que produce este milagro de la vida en medio de la indigencia, la explotación, la exclusión y el desprecio. En R. Muñoz, *Dios de los cristianos*, Paulinas, Madrid, 1987, pp. 43-44. Esto es así porque Dios es el Dios de la vida (*ibid.*, pp. 106-109).
 15. J. Sobrino, *Terremoto, terrorismo, barbarie y utopía*, Trotta, Madrid, 2002, pp. 123-168; *Fuera de los pobres no hay salvación*, Trotta, Madrid, 2007, pp. 103-105. Ya en 1982, se refería a la esperanza de los pobres en *Liberación con Espíritu*, Sal Terrae, Santander, 1985, pp. 194-199. En 1990 hablaba de “la salvación que traen los pueblos crucificados”, en *El principio-misericordia*, Sal Terrae, Santander, 1992, pp. 92-95.
 16. J. Sobrino, *Fuera de los pobres no hay salvación*, *op. cit.*, pp. 103-104.

convincentemente por qué. Nosotros insistimos en la acción manifiesta del Espíritu en ellos o, mejor, a través de ellos como sujetos plenamente humanos, propiciando su humanización. Aquí se da, insistimos, del modo más patente y significativo, el paso victorioso y pascual del Dios de Jesucristo por nuestra América¹⁷.

3. Para los pobres con Espíritu, Dios es Dios-con-nosotros

3.1. Los que viven codo a codo con Dios

Pero es que, además, la mayoría de estos pobres dignos y creativos, verdaderamente humanos, son personas de fe, de fe personalizada. Son personas de fe en el sentido más absoluto de que están convencidas de que viven de fe o, dicho de otro modo, de milagro. Saben que Dios (Papá Dios, dicen, decimos, en Venezuela) está siempre con ellos vivificándolos, siendo el fundamento de sus vidas y el principio de su obrar. Así lo dicen con toda sencillez. “Diosito nos acompaña siempre” fue la manera como una indígena aimara formuló su experiencia de vida, como una experiencia compartida. Codina, que recoge esta expresión¹⁸, está convencido con fundamento de que es una expresión cabal de la fe judeo-cristiana. Y es verdad, porque es, ni más ni menos, que la declaración del nombre de Yahvé, decantado en una historia, que en gran medida es la historia de los pobres, que tiene su vértice en Jesús, Dios-con-nosotros, el Niño Manuelito, vuelve a concretar Codina. Desde la Pascua de Jesús, Dios-con-nosotros incondicionalmente y solo como salvación.

Por eso, el que estos pobres con espíritu vivan con Dios, como una presencia siempre disponible, la que, en verdad, los pone a valer, no es una ilusión piadosa. Aunque a veces manifiestan también sus roces con Dios, sus dudas, sus desfallecimientos. Pero aun los serios disgustos con él no rompen la relación: la crispan, pero la mantienen. El discutir con Dios o el quejarse de él sigue siendo un modo de relación; y, a la postre, acaban por darle la razón o por arrojarle confiadamente en sus brazos, aun confesando que no entienden, pero fiándose de él. E incluso, cuando ocasionalmente se alejan, acaban reconociendo que, aunque ellos se alejen, Dios los sigue sosteniendo.

La religión del pueblo en estas personas de fe se expresa en múltiples símbolos y ritos, porque son personas sacramentales, rastreadoras de la presencia y el actuar de Dios en la vida; pero se expresa, sobre todo, en la interlocución continua, cotidiana, respetuosa, pero también desinhibida y libre, con Dios. Por eso, esta relación es en ellas el principio más hondo de personalización. Estas

17. “El Dios del Espíritu: esperanza de los pobres, fuerza de los débiles, alegría de los perseguidos” (R. Muñoz, *Dios de los cristianos*, op. cit., p. 50; con bibliografía).

18. V. Codina, *Una Iglesia nazarena*, op. cit., pp. 111-115.

personas hablan con Dios lo que no se atreven a hablar con ningún otro, ni consigo mismas. Por eso también pelean con Dios, incluso acre y sostenidamente, como Job; pero a la larga se rinden siempre a lo que captan como su voluntad. Dicho en sus palabras, se entregan a Dios.

Este modo de vivir en interlocución continua o, por mejor decir, abierta, con Dios, no es solo un modo exímiamente humano de vivir, sino que nos revela algo bien medular de Dios: que este Dios de los pobres lo es no solo como Dios de vida, sino, de modo bien específico, como un Dios de humanidad. Es el Dios que se paseaba con Adán y Eva en el jardín al frescor de la tarde como una compañía gratuita: por complacencia. Si este es un texto paradigmático, él nos hace ver que la compañía de Dios no es ocasional, ligada a necesidades, a resolver problemas; no mira, ante todo, a lo útil: es valiosa en sí. Así lo experimentan estas personas: Dios es la compañía que nunca les falta, a veces la única compañía que les queda, una compañía siempre disponible. Por eso, estas personas no se relacionan con Dios para pedirle, sino porque quieren vivir con él. Están, digamos, codo a codo con él y no cara a cara. Ante todo, hablan con él de lo que pasa, de lo que les pasa y de lo que pasa en su entorno pequeño y grande. En este sentido, no viven la vida como individuos, sino como hijos. Al comentar con él, esperan siempre la opinión de Dios para formarse una opinión propia, para hacerse cargo de su sensibilidad, en el fondo, para sentir como él siente, para reaccionar como él.

3.2. Relación en libertad mutua

Ahora bien, estas personas experimentan a Dios como siempre a la mano, pero siempre libre. Esta libertad en la intimidad, aunque cause dolor y a veces desespero, es percibida por estas personas como la garantía de su alteridad, de que no se está ante una proyección de sí mismas, ante una ilusión, que, a la postre, no da compañía. Para ellas, Dios es Dios. Será Papá Dios, todo amor y benevolencia, pero es Dios, y así quieren ellas que sea. La familiaridad absoluta de estas personas con Dios, aunque pueda sonar a paradójica, es directamente proporcional al respeto que sienten por él, al saberse nada ante él, verdaderamente pobres de espíritu: colgadas de su misericordia siempre inmerecida¹⁹.

Saberse así, saber quiénes son ellas y quién es Dios, es lo que les da esa libertad en su presencia. La libertad, como de hijos, como de niños, ante Dios, está inducida por la libertad de Dios respecto de ellas. Así el respeto o, como dice la Biblia, el temor, no es servil, sino filial. El Dios de la humanidad, tal como aparece en esta relación, se entrega hasta ponerse en nuestras manos, desde su alteridad absoluta. Así, precisamente así, humaniza.

19. Támez subraya “la fuerza de la fe en lo imposible”, en E. Támez, *Contra toda condena*, DEI, San José, 1991, pp. 167-171.

Esta máxima libertad mutua es la que reluce en el libro de Job, que escandaliza a los que pensaban que les iba bien porque cumplían la ley y que inferían de ahí que a Job le iba mal porque tenía pecados ocultos que se empecinaba en no reconocer. Job le habla con libertad a Dios, pero se niega a reconocer su libertad, emplazándolo de un modo, en el fondo, equivalente, aunque opuesto en la formulación, al de quienes vienen a consolarlo y acaban acusándolo. Él, por el mismo motivo, acusa a Dios. Hasta que la presencia de Dios le hace ver que él se mueve en otra dimensión y que Job debe respetar y abrirse a ella y, en el fondo, confiar en que siempre será bueno para él, aunque perciba lo contrario²⁰.

Este camino doloroso, pero enormemente humanizador, recorren no pocos de estos pobres en situaciones muy dolorosas y aparentemente sin salida. En esas situaciones límite, Dios no cede, pero tampoco se retira: aguanta en silencio el chaparrón de la descarga del afligido hasta que este se abre, se entrega y, dejada la pretensión, sobreviene el sentido y la paz.

Son estos los que Ellacuría llama pobres con espíritu²¹, que son no solo el corazón de la Iglesia, alrededor del cual debería enuclearse, su verdadera jerarquía espiritual, los testigos más fehacientes de Jesús resucitado y de la presencia del reinado de Dios; sino también los que más contribuyen a que este mundo siga siendo, a pesar de todo, vivible y humano. No hay mayor tesoro que tener a algunos de ellos como amigos e incluso como hermanos en la comunidad cristiana, porque un momento privilegiado es la celebración comunitaria de la gracia²².

Una pregunta que nos parece decisiva y que no tenemos resuelta es la de la relación entre la obediencia al Espíritu y la vida de fe, como la acabamos de explicar, de estos pobres latinoamericanos. Si la vida de fe alimenta la obediencia al Espíritu, ¿qué pasará si el catolicismo popular deja de ser esa fuerza activa con la que el pueblo se alimenta constantemente a sí mismo (P 450)?

Si la Trinidad económica es la inmanente, solo tiene sentido hablar de las tres personas si entablan relaciones distintas con nosotros y si nosotros podemos entablar relaciones con cada una de ellas, aunque cada una nos reenvíe a las otras dos²³. Desde esta perspectiva, en absoluto, se puede vivir una vida de obediencia al Espíritu sin vivir una vida explícita de fe. Es seguro que hay pobres que la

20. G. Gutiérrez, *Hablar de Dios desde el sufrimiento del inocente*, CEP, Lima, 1986. Un libro escrito con toda la delicadeza y hondura que requiere el tema.

21. I. Ellacuría, *Conversión de la Iglesia al Reino de Dios*, Sal Terrae, Santander, 1984, pp. 70-79.

22. E. Támez, *Contra toda condena*, op. cit., pp. 157-160.

23. P. Trigo, "Experiencia de Dios", *SIC* 687 (2006), pp. 323-326.

viven. Nuestra pregunta es si muchos pobres latinoamericanos seguirán viviendo en obediencia al Espíritu, si es que llega a faltarles la fe²⁴.

Porque parece un hecho que el catolicismo popular en sus diversas expresiones (indígena, afrolatinoamericano, campesino y suburbano) no es una palanca primordial en este resurgir de las etnias y culturas populares latinoamericanas, como sí lo fue, sin duda, en el potente despertar desde la segunda mitad de los años sesenta hasta el fin de los años ochenta. Este resurgir es tan significativo que está conduciendo a la tercera época de la historia de nuestra región, después de la amerindia y de la occidental (América *Latina*), una época que debe ser caracterizada como de reconocimiento a nivel estructural y de plasmación a nivel simbólico del carácter multiétnico y pluricultural que la distingue²⁵.

Nosotros sostenemos que el proceso en esta dirección está impulsado por el Espíritu y que, por eso, resistirlo equivale a resistir a Dios. Pero eso no equivale de ningún modo a sacralizar el modo como se va dando el proceso ni a sus personeros. Hasta ahora ha llevado la voz cantante la amalgama entre lo cultural y lo político, una junta bastante explosiva. Va siendo un proceso con demasiados errores. Pero que no por eso debe ser descalificado, sino reconducido más complexivamente, porque, como tal, el reconocimiento del carácter multiétnico y pluricultural de la región es un acto de justicia y solidaridad sin el que la región carece de viabilidad histórica.

La pregunta que nos hacemos es si el peso menor del catolicismo popular en este proceso no ha contribuido a que no tenga la nitidez debida y a que los pobres hayan delegado demasiada responsabilidad en sus conductores, como si fueran casi sus tutores y no sus mandatarios, sus representantes, que deben responder ante ellos. Insistimos en que la dirección histórica es, sin duda, querida por Dios e impulsada por su Espíritu. Pero llamamos la atención de la importancia de la fe en Dios para salvaguardar rectamente la dirección del proceso, ya que el modo de producción determina el producto.

Una variable que ha contribuido decisivamente, a nuestro modo de ver, a la disminución del peso del catolicismo popular es el abandono de la institución eclesíástica. Para referirnos a un aspecto muy significativo, las CEB no fueron una modulación de la comunitariedad tradicional, sino una creación histórica que incluía una alianza entre gente no popular y gente popular en el seno del pueblo²⁶. Por eso, cuando fue desapareciendo la gente no popular (los y, más aún,

24. P. Trigo, "El futuro de la teología de la liberación", en *Cambio social y pensamiento cristiano en América Latina*, Trotta, Madrid, 1993, p. 317.

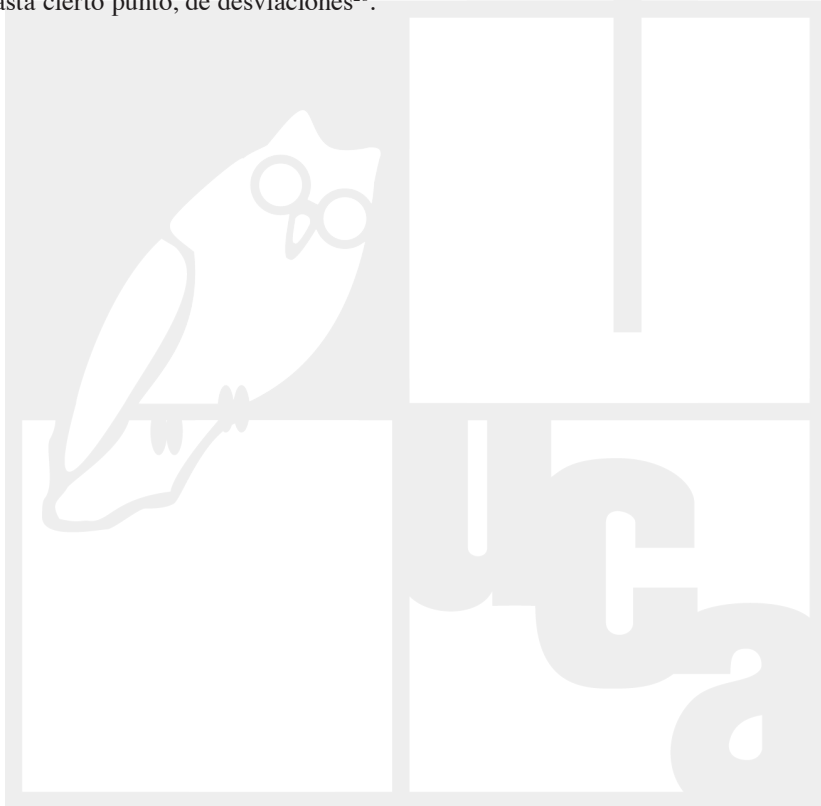
25. P. Trigo, "Construir una América Latina pluricultural, para contribuir proactivamente a una mundialización alternativa", *ITER Humanitas* 14 (julio-diciembre 2010), pp. 95-121.

26. P. Trigo, "Comunidades eclesiales de base", en *El cristianismo como comunidad y las comunidades cristianas*, Convivium Press, Miami, 2008, pp. 139-229.

las agentes pastorales, sobre todo, de la vida religiosa), decayeron. Las que se mantienen dinámicamente (no sobreviviéndose) son precisamente aquellas en las que perdura esta presencia.

Teorizaría el punto diciendo que como el Espíritu es el de Dios y el de Jesús, la fe en Dios y el seguimiento de Jesús contribuyen grandemente a discernir el impulso del Espíritu de otros espíritus epocales que pueden poseer gran intensidad emotiva y tienden a prevalecer sobre el impulso espiritual.

Nos preguntamos si lo que Gustavo Gutiérrez llamó "la fuerza histórica de los pobres"²⁷ se refiere meramente a la irrupción histórica que tuvieron en su época o a esa obediencia primordial al Espíritu, a esa santidad primordial de la que hemos hablado y que sostiene ese surgimiento, lo direcciona y lo preserva, hasta cierto punto, de desviaciones²⁸.



27. G. Gutiérrez, *La fuerza histórica de los pobres*, CEP, Lima, 1979.

28. J. Jiménez Limón, *Con Dios y con los pobres*, *op. cit.*, pp. 42-43.